

Presentación

En 1821 la Nueva España dejaba de serlo para convertirse en México. La ideología socio-política que había sentado las bases de su independencia, el optimismo nacionalista criollo, había conocido sus raíces a finales del siglo XVII con Carlos de Sigüenza y Góngora (1645 - 1700) y tendría su cenit con la generación de intelectuales jesuitas en el XVIII, en especial, Francisco Javier Clavijero (1731-1787). Según el criollismo, México, tierra bendita de Dios a través de su Madre, la Guadalupe, habría de conocer un destino tan grande que no sólo estaba perfilada a convertirse en la nación más rica del mundo, sino que aquí, en la tierra del águila y la serpiente, se representaría el último drama de la humanidad: la salvación mesiánica.

México, se creía, poseía un pasado inmarcesible por su origen indígena, un presente sólido por su riqueza y feracidad y un futuro celestial por la gracia y protección de la Morena del Tepeyac. El profundo convencimiento de que la utopía mexicana podría llegar a ser preparó, anímicamente, a la generación de la independencia a realizarla.

Para 1823, la utopía se hacía añicos. La realidad de la imberbe nación le caía como loza de granito sobre sus, aún, lánguidas espaldas. Otro criollo, Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827), se encargaría de abrirle los ojos a la “Jerusalén del Nuevo Mundo”. Su célebre “discurso de las profecías” resultaría la más devastadora crítica al optimismo independentista. Ni nación más rica del mundo, ni refugio del Santo Padre. Una “nación de veletas” destinada a la “división, las emulaciones, el desorden, la ruina y el trastorno... hasta sus cimientos”. Las terribles palabras de la arenga del padre Mier —que, con lágrimas en los ojos, la terminaría exclamando: “¡Dios mío, salva a mi patria!”— tuvieron un significado mucho más allá de la semiótica: se materializaron.

México independiente conoció todo tipo de gobiernos y toda clase de políticas: del imperio a las repúblicas —federalista y centralista— de los golpes de Estado a las guerras de invasión, del liberalismo al conservadurismo, de la reforma a la monarquía, de la restauración a la dictadura, de la revolución a la institucionalización, de la “dictablanda” a la transición. Todas estas experiencias fueron suficientes para hacer de México una Nación (la búsqueda de la identidad histórica) pero no han logrado transformarla en un Estado (la concreción del pacto social). Quizás de ello se derive la incapacidad crónica del país para dotarse, históricamente, de un sistema que garantice bienestar material (trabajo y salario digno), respeto a la diferencia, justicia social, igualdad de oportunidades, equidad ante la ley; en corto, un Estado de Derecho, en largo, la aplicación de la política en su sentido más amplio. Continuamos viviendo en un entorno de ilegalidad: de la economía informal a los carteles del crimen organizado, de la justicia selectiva a la partidocracia, del terrorismo fiscal a la inseguridad ciudadana. De la “nación más rica de mundo” a nuestro tiempo, ¿qué cosa salió mal? Quizás demasiadas como para poder, siquiera, resumirlas en este espacio. Sin embargo, es incuestionable que el quehacer político, como ciencia y práctica encaminadas a la consecución del bien común —lo político y la política— ha, crónicamente, fallado.

En el presente número se rescatan algunos de los elementos que pueden ayudarnos a mejor comprender el dilema político que entraña la separación entre el pensamiento teórico del político y la práctica de la acción política. En la sección Perspectivas Teóricas, Alejandra Jiménez nos ofrece en su artículo “Schmitt: el pensamiento filosófico de lo político” un análisis del concepto de lo político y su significado esencial como parte evidente e irrenunciable de cualquier realidad humana. Aunque interesante, la política en abstracto no sería más que mera especulación sobre el comportamiento de los hombres en sociedad a no ser por su praxis que se expresa, entre otros

vehículos, a través del ejercicio efectivo del poder: la administración pública. ¿Cómo traducir los compromisos del político en acción política? En “El control y la evaluación en la administración pública”, Ricardo Uvalle analiza el ejercicio práctico del poder cuyo compromiso principal no es otro que el de legalizarse y legitimarse como una institución sensible, efectiva y responsable para satisfacer las demandas sociales, políticas y económicas a fin de lograr que la vida ciudadana funcione.

Un caso también paradigmático de separación entre lo político —como ejercicio de reflexión identitaria— y la política —como práctica de todos los días— es el País Vasco. Los vascos continúan su búsqueda interna por una identidad que se ha debatido históricamente entre una otredad excluyente y separatista (que ha llevado a una ruptura y demarcación de fronteras interpolíticas, intergeográficas e intergrupales) y otra de inclusión igualitaria (que ha visto en la unión con España la manera de lograr el acuerdo político que permita lograr, al fin, la estabilidad social que tan urgentemente demandan los vascos). El trabajo que abre la sección Cuestiones Contemporáneas, “Grupo sociocultural y participación política en el país vasco. Un análisis psicosocial integrativo”, de Edson Alves de Souza y Angel Beldarrain, analiza justamente la siempre complicada dimensión entre “lo mío” y lo “nuestro”.

Cuando hablamos de política no nos referimos tan sólo a su significado más conocido. La política atañe a todo aquello que tiene que ver con la *polis*, con el hombre en sociedad: del ejercicio del poder a los mercados financieros, de la vida cultural a la justicia penal, de las ideas a las mentalidades, de las decisiones del poder al medio ambiente. Sobre este último tópico, desdeñado generalmente por la política de gabinete, escribe Erick Gómez-Tagle, “Ambientalismo, sustentabilidad urbana y desarrollo regional”. En éste, el autor advierte el peligro que la insustentabilidad socioambiental —situación a la que han conducido las políticas tradicionales y los intereses transnacionales— representa para naciones, gobiernos y sociedades por

igual, poniendo en tela de juicio la idea de crecimiento, progreso y desarrollo que, tradicionalmente, tenemos.

Decían los positivistas decimonónicos que “saber es poder”. Tenían razón. Si hay algo que vincula la teoría política, la práctica de la administración pública, el problema de las identidades nacionales y la cuestión ambiental, universos complejos cada uno de ellos, es el factor, acaso, más poderoso desde finales del siglo XX: la información. De su dominio, difusión, manipulación, ejercicio, apertura, clasificación, dependen, se sostienen o caen, gobiernos, empresas e instituciones de toda índole. Amiga íntima del quehacer político, patrona de conciencias, moldeadora de opiniones, la información es la protagonista de los nuevos tiempos. En la sección Sociedad y Política, se publica un trabajo de Norbert Bilbeny, reconocido filósofo de la Universitat de Barcelona: “¿A quien pertenece la información?”. En él, se aborda la problemática que surge entre el derecho social de saber y el derecho político de ocultar. En otras palabras, el derecho de información versus el derecho de confidencialidad. En sociedades democráticas ambos están sancionados. Siendo así, ¿cómo ejercer cada uno de ellos? ¿Qué tan conveniente resulta exigir toda la verdad? ¿que tan ético es ocultarla por razones de “bienestar público”? Éstas y otras cuestiones son, en este trabajo, analizadas.

Derivada de esta dimensión, se inserta la radiodifusión universitaria. ¿Qué impacto social tiene? ¿Cuáles son sus características y modos de operar? ¿Resultan ser, frente a los medios profesionales, una mejor alternativa para el radioescucha? A estas y otras interrogantes responde Luis David Pérez Rosas en el artículo que cierra esta sección: “La radiodifusión universitaria y los circuitos cerrados de radio en las instituciones de educación superior: una propuesta para la expresión de los estudiantes”.

En la sección Documentos, el presente número publica una entrevista, realizada por Carlos Mallorquín, al afamado economista Cristóbal Kay, quien nos ayuda a comprender por qué, más allá de la política, los países de América Latina, desde sus

respectivas independencias, se hallan todavía en un estado de postración económica-social con respecto a Europa o América del Norte. Para ello, la entrevista recorre desde las experiencias personales del Dr. Kay hasta la revisión, siempre necesaria, de las teorías económicas clásicas latinoamericanas.

Cierra la edición la reseña realizada por Pablo Stropparo del libro de Dante Avaro y Gabriela Iglesias, *Universidad y Empresa. Cómo hacer crecer habas en Liliput*, con respecto a otra de esas relaciones no siempre cordiales en nuestras sociedades: Universidad y política. En ella, se resalta la interrelación que deberían tener las universidades, las empresas privadas y el Estado. Esta trilogía es, sin duda alguna, otras de las formas de integrar el ser político y el ejercicio de la política que, como mencionábamos líneas arriba, no siempre han ido de la mano en nuestra historia. ¿No es, acaso, el momento ya de hacerlo?